

Talleres de creación literaria: una escritura indisciplinada

Víctor GARCÍA ANTÓN*

Hace unas semanas, participé en un curso para la formación de futuros coordinadores de talleres de escritura. Se impartía en los Talleres de Escritura Fuentetaja —una institución con larga experiencia en la enseñanza de la escritura creativa—, y los asistentes al curso habían participado ya en un buen número de talleres de creación, bien como profesores, bien como alumnos. En una de las primeras sesiones, se planteó la pregunta: ¿Es bueno que un coordinador manifieste su ideología en un taller de creación literaria? ¿Se debe enjuiciar el contenido ideológico del texto de un alumno? Tras el debate, se llegó al consenso de que cada coordinador tiene su ideología propia y era natural que esta se transparentara en las actitudes y los comentarios del taller. Parecía apropiado que el coordinador manifestara su ideología siempre que lo hiciera desde la moderación y el respeto o, dicho de otro modo, siempre que no quisiera imponer esa ideología a los alumnos desde su posición privilegiada de maestro. A todos nos pareció razonable.

Es curioso, sin embargo, que esta posición tan prudente con respecto a la ideología —actitud generalizada en los talleres de escritura tanto públicos como privados— no se corresponda con el celo de los coordinadores en la imposición de unas determinadas técnicas narrativas y estilísticas. Por lo general, los responsables de un taller literario ponemos todo el rigor y el esfuerzo en que los textos de los alumnos se atengan a la forma canónica del relato, la novela o el poema; y, al tiempo, somos vagos y especialmente respetuosos con los contenidos que esos textos vehiculan.

23

Este contraste en el tratamiento de los aspectos técnicos e ideológicos de un taller de escritura no hace sino transparentar el discurso social establecido, condescendiente con cualquier opinión expresada en público siempre que esta no ponga en riesgo las bases del sistema, esto es: la producción y el consumo de mercancías. El discurso imperante permite, también en nuestros talleres de escritura, la expresión en libertad de nuestra ideología. Pero siempre con la moderación y el respeto necesarios para no poner en riesgo lo verdaderamente importante: la cualificación de productores-consumidores de literatura.

Si los escritores han planteado desde siempre nuevas maneras para que la sociedad se mire y se diga a sí misma, si la literatura ha proporcionado a lo largo de los siglos nuevas formas de pensar y sentir el mundo; parece absurdo —y a la vez sintomático— que hoy en día los aspirantes a escritores hayan de formarse en un espacio, el del taller literario, tan plegado a los valores utilitarios y normalizadores de nuestra sociedad capitalista.

* Imparte cursos de escritura creativa en los Talleres de Escritura Fuentetaja

Es verdad que la relación de las distintas instituciones y coordinadores con respecto a la finalidad de un taller literario es muy diversa. Varía desde el aleccionamiento de los alumnos-escritores con miras a su incorporación efectiva en la rueda de la Institución Literaria, hasta la postura del taller como un tiempo de ocio —de nuevo, el mercado—, donde las personas acuden para entretenerse y olvidar sus problemas diarios. Sin embargo, estas posturas —y un amplio abanico mezcla de ambas— tienen una consecuencia común en el desarrollo de los talleres: todas colocan el poder fuera del taller literario. Bien porque sitúan a los alumnos en una permanente situación de candidatos a “ser escritor” que finalmente sólo el mercado o la Institución Literaria tienen la capacidad de sancionar, bien porque atenúan la experiencia grupal en la forma del entretenimiento individual de sus miembros, ambas posturas sustraen al taller de escritura de su capacidad para decir la realidad y el mundo.

No es gratuito que hayamos sustraído todo poder de acción y discurso a los talleres de escritura. Ni tampoco lo es que estas prácticas aparezcan atravesadas por la disciplina, en el sentido del término que le da Foucault. Es decir, el taller como tiempo útil, fraccionado y acumulativo, un tiempo acotado que es necesario aprovechar, que establece ritmos en sesiones de periodicidad semanal, con ejercicios y lecciones de complejidad creciente. Pero también el aula como espacio disciplinado, acotado para la imaginación, separado del resto de actividades cotidianas y de la vida, un espacio que clasifica a los alumnos por géneros literarios y niveles de perfeccionamiento. El taller como disciplina organizada alrededor de un saber experto que busca la uniformidad de los alumnos y, a menudo, califica sus saberes inmediatos y experienciales como ingenuos, incompetentes o insuficientemente elaborados. Una disciplina, al fin, que a través de la utilidad, subvierte la literatura en algo que se produce y reproduce, y transforma la experiencia de la escritura en un saber que se puede acumular. Disciplina y utilidad que, en palabras de Steiner, nos protegen del resplandor imperioso y a menudo violento de la mera presencia.

24

Pero volvamos de nuevo al planteamiento inicial: ¿Se puede incluir la ideología en un taller literario? La pregunta misma pone ya de manifiesto esa disciplina y utilidad referida más arriba. En primer lugar, no es posible escribir un texto sin ideología. La ausencia de ideología constituye en sí misma toda una postura ideológica. Tampoco tiene sentido valorar el texto literario de un alumno dejando de lado los contenidos que ese texto busca expresar y transmitir. No cabe marginar los aspectos de fondo en un taller literario donde el pensamiento hace escritura y el lugar desde el que se mira hace voz y le da forma al texto. Parece claro, entonces, que no podemos soslayar este aspecto tan importante en la experiencia grupal de un taller de escritura. Ahora bien, si entramos a enjuiciar contenido ideológico y de fondo de los textos —que reflejan el imaginario colectivo dominante—, o expresamos nuestra inclinación sobre alguno de los temas recurrentes del discurso social establecido, también estamos sustrayendo a nuestros alumnos de su capacidad de decir. No porque utilicemos nuestra situación privilegiada de coordinadores para imponer nuestras ideas, sino porque seguimos sujetos a los temas y conflictos, en su mayoría ajenos a nuestra realidad, que el discurso social nos impone. Porque hacemos del discurso social dominante, que no puede verificarse o refutarse en ningún sentido riguroso, el centro de nuestra experiencia, nuestro trabajo y nuestra escritura.

La pregunta, entonces, quizá no sea si tiene sentido manifestar la ideología en un taller literario, sino más bien cómo ideologizar una práctica de la escritura sin caer de nuevo en el discurso disciplinario que nos sustrae de todo poder de acción.

En un taller de creación literaria, introducir la ideología supone llevar al centro del discurso lo que hoy en día está en el margen o fuera del discurso. Hacer visible lo invisible, decir lo que está por decir. Supone que las acciones impregnen los discursos, que los decires vinculen un hacer con otro hacer. Supone buscar una complicidad necesaria de los miembros del grupo, establecer una actitud de escucha y de sospecha hacia nuestros propios textos, tanto en el plano estético como en el de los contenidos, y plantear una alternativa al discurso dominante con nuestro propio decir. En resumen, introducir la ideología en un taller es hacer realidad y mundo, narración y grupo, en función de nuestros propios deseos y nuestras realidades más cercanas.

En este sentido, es necesario plantear la práctica de la escritura no como un fin en sí mismo, sino como una herramienta para decirnos y decir de otro modo. La literatura como discurso ético y estético que crea y modifica el imaginario colectivo. Este concepto, el del imaginario colectivo, es central para la práctica de los talleres de escritura; porque es el espacio de la creatividad social pero, a la vez, contiene los límites de esa creatividad. El imaginario colectivo acota lo que en cada sociedad o comunidad puede verse y lo que no puede verse, lo que se puede pensar, hacer y decir y lo que no, lo que es un hecho y lo que no lo es, lo que es posible y lo que es imposible. Es el lugar de los presupuestos, de los prejuicios, el lugar de las creencias como diría Ortega. Del mismo modo, el imaginario colectivo es el espacio de la autonomía, desde el que cada colectividad se construye a sí misma, y también el lugar donde se dirimen todos los conflictos sociales. Lo imaginario origina constantemente estructuras determinadas y conforma el mundo que cada sociedad habita. Es un concepto que excede cuanto de él puede decirse, pues es a partir de él que puede decirse cuanto se dice. Por eso, el imaginario colectivo sólo se puede aludir por referencias indirectas, mediante metáforas y analogías, mediante la literatura. Trabajar en los talleres con el imaginario colectivo no significa interpelar un decir hegemónico con otro decir marginal, ni denunciar la violencia del imaginario que nuestra cultura y nuestro lenguaje vehiculan. Supone mantener esa actitud de sospecha y escucha ante el imaginario que sostiene nuestras propias prácticas de escritura, cuestionar los aspectos formales de nuestros textos (la verosimilitud, la causalidad, el extrañamiento, la estructura), promover la búsqueda de nuevos imaginarios y nuevas formas, más cercanos a nuestra realidad, a nuestros deseos y a nuestros miedos, y hacer escritura y realidad con ellos.

No es mi pretensión plantear una manera distinta de enfocar los talleres de escritura creativa, sino de abolir, en lo posible, la manera. No se trata de aglutinar las prácticas de escritura en torno a una nueva idea, un nuevo centro o una nueva forma, sino de trabajar con la escritura en el conflicto de la no forma, de romper la utilidad de los cuerpos, las disciplinas, las identidades, la centralidad de los discursos; y poner en su lugar el vacío de lo aún por decir. Para crear nuevas formas dinámicas en cada momento, vivas en cada grupo, que ayuden a enfrentar los conflictos propios, reales, de cada comunidad y cada individuo.